RAQUEL CASTRO

LA QUE SE MURIÓ DE AMOR

LITERATURA

Índice

Primera parte 13
1. El accidente 15

Segunda parte 21
2. El andén 23
3. Querido Juan 33
4. Historias tristes 37
5. Tapachula 42
6. ¡Cuatro años! 57
7. Un amor diferente 63
8. *Varita de nardo* 68
9. Yo no sé lo que en mi alma sentí 76
10. Buena cuna, mala cabeza 81
11. El intruso 90
12. *Granito de sal* 91
13. Vamos al baile 98
14. Júrame 108
15. Mediodía 115
16. Temblor 122
17. Cuide a su hija 126
18. Como un perro 134

Tercera parte 141
19. Correspondencia 143
20. Ramón Armengod 173

21. Un olor a naranja 181
22. No puedes juzgarme por intentar 196
23. XV años 202
24. En otra historia 211
25. Tu retrato 218
26. Domínate, esfuérzate 225
27. *Dos almas* 239
28. Un cariño discreto 251
29. Santo Domingo 258
30. Correspondencia 268

Cuarta parte 277
31. Un día casi perfecto 279
32. Tengo que ser fuerte 287
33. Una sorpresa 298
34. Encierro 304
35. Pobre amor 313
36. *Schmerz* 319
37. El proceso no es lineal 330
38. Hierro 344
39. Menaro 352
40. De mal… 361
41. … en peor 367
42. *Prisionero del mar* 370
43. En otro sueño 382

Epílogo 387
Nota final 393

Desde que recuerdo, mis tías me contaban la historia de su hermana mayor, Isabel: la que se murió de amor.

Primera parte

1. El accidente

Ciudad de México,
20 de enero de 1933

—¡Es niño!

La exclamación triunfal de la partera arrancó una sonrisa a las dos niñas que escuchaban desde el otro lado de la puerta cerrada.

—¡Un hermanito! —dijo Amparo, ilusionada—. ¡Para que juegue conmigo a la pelota!

Isabel revoleó los ojos, con esa actitud de superioridad de las hermanas mayores. A sus nueve años, sabía que los hermanitos tardaban mucho en convertirse en compañeros de juegos. Estaba a punto de decírselo a su hermana, cuando se abrió la puerta.

—¿Y ustedes qué hacen aquí? ¡Váyanse a jugar a otro lado! —dijo doña Celsa, la partera, mientras jalaba la puerta contra su cuerpo para impedir que las chiquillas se asomaran a curiosear.

—¿Le ayudo en algo, Capitana? —preguntó Isabel, orgullosa de poder demostrar sus buenos modales.

Doña Celsa dejó escapar una sonrisa. Su marido era capitán del ejército, y sabía que, por asociación, a ella le

decían así, capitana, pero Isabel era la única que se lo decía de frente, como si fuera su título o su nombre.

—¿Dónde está tu tía? —preguntó.

—Que estaba muy nerviosa y tenía que fumar un cigarrito —dijo Isabel—. Que no se tarda.

Doña Celsa resopló.

—A ver, Chabela, ponme atención. Tu mamá tuvo un bebé pero viene otro. Necesito que vayas con mucho cuidado a la botica y pidas dos litros de alcohol, ¿entendiste?

—¡Voy con mi hermana! —se apresuró a decir Amparo.

—No, chiquita. Tú te quedas. Y tú, sí sabes dónde están las botellas, ¿verdad? Agarra una grande. Y le dices al boticario que lo apunte a mi cuenta, que yo al rato voy a pagarle.

Isabel obedeció sin repelar, como le había enseñado su papá. Siempre le contaba que la obediencia era la principal virtud de un soldado, y aunque ella no quería ser militar como él, sí quería que estuviera orgulloso de su hija. Por eso no le dijo a doña Celsa que jamás había ido sola a la calle, ni hablar de cruzar la avenida. Total, no podía ser tan difícil: haría como si fuera de la mano de su mamá o su tía, miraría a los dos lados antes de cruzar y…

El primer golpe sonó seco, con esa sequedad particular de la madera contra algo hueco. El segundo, más sordo, como el de un fardo que cae desde una ventana y se estrella contra el suelo.

Luego siguió el caos:

—¡Bestia! ¿Qué no vio a la niña?

—¡La chamaca se le atravesó!

—¡Cuidado, hay vidrios rotos!

—¡No la muevan!

Pronto se hizo una pequeña multitud alrededor del camión, mientras la criatura se convulsionaba sin control. Una mujer y un muchachito vecinos, que volvían del mercado con una enorme canasta, se abrieron paso entre la gente.

—Ave María Purísima, ¡es la hija del teniente Maldonado! ¡Ay, y la mamá está aliviándose! —se persignó la mujer—. ¡Juan, córrele por doña Esther!

La tía Esther llegó sin aliento, con un cigarro todavía en la mano. Las convulsiones de Isabel habían cesado, pero la niña seguía inconsciente. El conductor que la había atropellado se ofreció a llevarla al hospital. Entonces Isabel abrió los ojos y miró largamente a su tía, como si no la reconociera.

—Chabela, soy tu tía Esther. ¿Me oyes?

Muy despacio, Isabel asintió con la cabeza.

—No te muevas, mijita. Pero, por Dios, ¿qué andabas haciendo en la calle?

—¡El alcohol! —recordó Isabel, y comenzó a angustiarse.

—¿Qué? ¿Qué alcohol?

—La Capitana quiere alcohol porque no es uno, son dos.

Esther pensó que su sobrina alucinaba, antes de que al fin se entendieran. "¡Vaya, conque gemelos!", pensó. Se obligó a calmarse: le pidió a Juan, el vecinito que había ido por ella, que fuera por el alcohol, revisó que Isabel no tuviera nada roto y aceptó que otro de los vecinos mirones llevara en brazos a la niña de regreso a su casa.

—¿Está segura, señora? De verdad, podemos ir al hospital y yo me haré cargo —insistió el conductor del auto.

—No se preocupe, mi cuñado es médico. Ya si quiere, invíteme a cenar —respondió Esther con coquetería, pero de inmediato se dio cuenta de que no era buen momento y que el hombre tampoco era tan guapo—. No, mejor no. Váyase, váyase y tenga cuidado.

Camino a la casa de su hermana, se acercó a la madre de Juan y le habló en voz baja para que nadie más escuchara:

—Isaura, ¿le pido un favor? ¿Puede quedarse un ratito Isabel en su casa? Yo voy por ella luego.

—Claro que sí, Esthercita. Descuídese.

La casa de Lupe estaba en una construcción de mediados del siglo anterior en la calle de Luis Moya, casi a un lado del mercado de San Juan. En la planta baja había un patio, un par de departamentos y la portería, y hasta arriba, en la azotea, unos cuartitos; en uno vivían Isaura y su hijo Juan. La casa de Lupe ocupaba todo el primer piso, y era una sucesión de amplias habitaciones con balcón, unos con vista a Luis Moya y otros a Ernesto Pugibet. No todos los cuartos eran usados por la familia: Lupe rentaba varias habitaciones al estilo de una casa de huéspedes, y Anastasio, su marido —que además de teniente era médico homeópata—, tenía ahí también su consultorio.

Esther entró para enterarse de que el segundo bebé había sido una niña, que estaba en perfecto estado de salud, lo mismo que su hermanito y su mamá. Doña Celsa estaba lista para irse, y no entendía por qué tardaban tanto la tía, la sobrina y el alcohol; pero en cuanto vio la cara de Esther, supo que algo iba mal.

—Hubiera dejado que la llevaran al sanatorio, doña Esther —dijo cuando escuchó lo que había pasado—. Más si de veras tuvo un *patalete*; esas cosas son muy peligrosas.

—Y entonces todavía estaríamos en el hospital.

—Eso sí —concedió la partera—. Pero igual dígale luego luego a don Tacho, para que esté pendiente. Y de todos modos deje le echo un ojito a la chamaca, no vaya a ser.

Encontraron a Isabel jugando matatena con Juan. Parecía tranquila, como si no hubiera pasado nada, a pesar de tener las dos rodillas raspadas y un chichón en la frente.

Ya en su casa, al quitarle la ropa para revisarla, le descubrieron varios moretones en el costado y otro chipote, ése sí con sangre, en la nuca; pero nada que ameritara una sutura.

—Con un poquito de suerte, muy pronto ni nos acordaremos de esto —dijo doña Celsa.

Estaba muy equivocada.

Segunda parte

2. El andén

Estación de ferrocarriles de San Lázaro, Ciudad de México, 2 de enero de 1939

A veces, Isabel sentía que la realidad era parte de un sueño. Era como si los bordes de lo que percibía se difuminaran y perdieran consistencia. A veces, esa sensación se convertía en un rato perdido, del que regresaba confundida, avergonzada y con un dolor de cabeza tan intenso que hubiera preferido quedarse en el no-ser. Pero en otras ocasiones, la irrealidad duraba apenas nada y todo volvía a cobrar consistencia, nitidez.

Como en ese momento en el andén: fue cosa de ver la enorme locomotora, de respirar ese olor a metal caliente, y sentir que la escena era falsa. No: que era falso el mundo entero.

"No puede ser que nos vamos", pensó. "Es un sueño. Voy a despertar en casa". El ruido a su alrededor —una combinación caótica de risas, llantos, gritos, pasos, golpes y rechinidos— pasó a segundo plano, convertido en un rumor indistinto, como si ella se hubiera hundido en una tina y lo escuchara todo desde abajo del agua.

—¡Chabela! ¡Me duele!

El reclamo de Estela la hizo volver a la superficie. El ruido recuperó su consistencia, golpeando sus oídos, al mismo tiempo que la niña se soltaba de su mano.

—¡Me estabas apretando *rejuerte*! —se quejó.

Isabel sintió alivio al asegurarse de que estaba de pie, sin mirones alrededor, y la única que se había dado cuenta de su breve *ausencia* había sido su hermana Estela. Se irguió con un aplomo fingido, volvió a tomar a su hermana de la mano y sonrió.

—Es que me da miedo que te me pierdas —dijo, y casi lo creyó ella misma.

—Amparo no agarra así a Gilo —insistió Estela.

Isabel se inclinó para decirle al oído, como si fuera un secreto:

—Es que si se pierde Gilo, salimos ganando.

Estela tardó un par de segundos en entender que era una broma y se rio discretamente, cubriéndose la boca con la mano libre.

Desde que los gemelos habían empezado a caminar, se habían vuelto responsabilidad de las dos hermanas mayores. Isabel, que era la más grande pero no la más enérgica, se hacía cargo de Estela, que a fin de cuentas era mucho más fácil de cuidar que Gilo. Él era responsabilidad de Amparo, que a sus casi doce años tenía un vigor inacabable, lo que le permitía ir tras él y más o menos controlarlo. "Qué suerte que son cuates y no trillizos", decían a menudo las dos mayores, que apenas podían con el paquete, y eso que todavía no les echaban encima a Coco, quien acababa de cumplir siete meses y se la pasaba en los brazos de su madre.

—Chabela, dice mi mamá que te apures, que si crees que tiene tu tiempo —gritó Amparo. Ella y Gilo ya es-

taban a varios metros del punto en el que Isabel y Estela se habían detenido. Más lejos, a paso vivo, iban su mamá, sus tíos y los muchachos a los que habían contratado para cargar los baúles.

—Vamos, Güera. No te me sueltes —dijo Isabel y reemprendieron la marcha.

Mientras avanzaban por el andén, Isabel miró con curiosidad los primeros vagones, tan elegantes.

—Un día vamos a ir en *pullman*, vas a ver —le dijo a Estela—. Dicen que los asientos se hacen cama y que tienen paredes, como si fueras en tu propio cuarto.

—¡A poco! ¡Se me hace que me estás cucando!

—¡Te lo juro! Me lo contó la tía Esther. Ahorita le preguntamos, si quieres.

Los viajes en tren no eran algo nuevo para la familia Maldonado: en 1930, cuando Isabel tenía seis años y Amparo cuatro, ellas y Lupe, su mamá, se habían ido al internado en Puebla. El viaje había sido en el vagón de segunda, porque realmente no era tan lejos. Habían regresado en 1932, porque Lupe se había enfermado de la vista y había tenido que interrumpir sus estudios. A veces, Isabel se imaginaba qué habría pasado si no hubieran tenido que volver antes de tiempo; quizá Lupe se habría quedado a dar clases en el mismo internado, aunque eso significara quedarse lejos de Anastasio para siempre; que tampoco habría sido tan distinto, porque a él, con su trabajo de soldado, a cada rato lo mandaban a otros lados. Isabel sospechaba que algo grave había pasado entre ellos como para que se separara así la familia, pero jamás se había atrevido a hablarlo con nadie. Además, ¿con quién? Amparo era demasiado inquieta e impaciente, no tenía la disposición de escuchar.

A veces, cuando Lupe le decía a Isabel que quería ser su amiga y no sólo su madre, ésta pensaba en preguntarle alguna de las cosas que se moría por saber, pero nunca se había atrevido. De todos modos, jamás tenían un rato para platicar *de verdad*, sin que los cuates se pelearan, Coco pidiera su leche, Amparo se pusiera a hacer payasadas para llamar la atención o los deberes de la casa pusieran de malas a su mamá.

Al perderse en estos pensamientos, Isabel volvió a sentir que el mundo se desdibujaba. Una ola de angustia bajó de su garganta al centro de su pecho, y de ahí se extendió hasta su frente, sus manos, sus rodillas. Pero justo en ese momento alcanzaron al resto de la familia.

"No me puede dar eso ahorita. Por favor, no", pensó, y respiró como su padre le había enseñado: muy hondo, despacio, llenó hasta el último rincón de los pulmones, con el estómago contraído. Luego, igual de despacio, comenzó a soltar el aire. Él decía que había que soltarlo por la boca, pero Isabel no quería que los demás se dieran cuenta de que estaba haciendo el ejercicio, así que exhaló por la nariz.

—Hija, ¿estás bien? —A su mamá no se le iba ni una, como atestiguaba su expresión preocupada, lo que interrumpió la segunda respiración profunda, pero ahuyentó el miedo.

—Sí, mamá. Me… me aturdió un poquito el ruido, nomás.

—Ya ahorita que subamos te echas un sueñito —dijo Lupe, con una sonrisa que intentaba ocultar su preocupación—. Tenme tantito a tu hermano, voy a ver que estos hombres suban las petacas como debe ser.

Isabel recibió de los brazos de su madre al más pequeño de sus hermanos, tan sereno y sonriente como los muñecos de sololoy, sólo que moreno y de labios gruesos.

—Amparo, agarra a Estela —ordenó Isabel mientras se acomodaba para cargar a Coco con los dos brazos. Podía ser un muñeco de sololoy, pero ya pesaba lo suyo.

—Gilo casi me rompe los dedos —se quejó Amparo—. No puedo con los dos.

—Sí puedes. Es nomás un ratito.

—Pero es que…

—¡Es una orden!

—Uuuy. ¡Sí, jefa! —cedió Amparo con un dejo de sarcasmo, pero sin atreverse a cuestionar la autoridad de su hermana.

—Ya me aburrí —dijo Gilo de repente—. ¿Falta mucho?

—¿Para subir al tren? —preguntó Isabel.

—Para llegar a Tapachula.

Isabel y Amparo se rieron.

—Ya díganme, ¿falta mucho?

—¡Oh, qué terco! —dijo Isabel, pero se armó de paciencia y les explicó—: Dice mi mamá que son dos noches de viaje.

—¿Y por qué tanto? —intervino Estela, a punto de llorar.

—¿Vas a llorar porque son dos noches de viaje? —preguntó Isabel, incrédula. Estela era la más sensible de los cinco, podía llorar hasta porque sentía feo de que se acabaran las manzanas del frutero.

—¡Llorona! —se burló Gilo.

—¡*Nocierto*!

—¡*Sícierto*!

—¡Quietos, los dos! —los frenó Isabel. Sus discusiones de "sí" y "no" podían durar horas si no los detenían—. A ver, les cuento. Este tren va de aquí a Veracruz. Vamos a

llegar allá mañana en la mañana y vamos a bajar a conocer el puerto y a desayunar con el tío Abraham.

—¿Ése quién es? —preguntó Gilo.

—Es hermano de mi papá. ¿A poco no te acuerdas de él? Nos vino a ver en Año Nuevo hace dos años.

—¿Y yo ya había nacido?

—¡Cómo eres menso! —se burló Amparo—. Si ya mero cumples seis años, ¿ya habías nacido hace dos, o no?

—No, pus sí.

—Pus sí —remedó Amparo, todavía burlona.

—¿Y yo? —preguntó Estela.

—Cómo eres mensa —le dijo Gilo, imitando en todo el tono de Amparo—. Si nacimos el mismo día, ¿ya habías nacido o no?

Estela empezó a llorar en silencio y, con una mirada, Isabel le indicó a Amparo que se hiciera cargo.

—Güera, ¿ya viste qué altísimo está ese señor? —dijo Amparo. Estela dejó de llorar para buscarlo. Por fortuna, así como era de lágrima fácil, era también fácil de distraer.

Mientras tanto, Isabel tomó nota mental: no había que hablarle feo a Gilo, porque de inmediato usaba lo aprendido contra Estela. Eso se sumaba a sus otras observaciones: nunca había que mostrar debilidad o duda ante Amparo, porque siempre estaba a punto de la insubordinación. Y no había que contarle cosas tristes a Estela. Y a Coco había que tenerle siempre a la mano un pan de dulce, de preferencia una concha.

Se preguntó qué otras notas mentales tendría su madre, en particular con respecto a ella. ¿Sabría cuando estaba a punto de un momento *de ésos*? La familia les decía *pataletes,* pero Isabel odiaba el nombre tanto como la situación. De pronto, se sintió muy cansada; y no sólo por los

últimos días, que habían sido de empacar todo lo que se iban a llevar, dejar bien organizado lo que iban a dejar en casa y donar todo lo que no tenía caso conservar.

—Chabela, ¿verdad que en Tapachula sí hay pianos?

Antes de poder explicarles lo que sabía de Tapachula —que en realidad no era mucho— se les acercó una mujer a la que nunca antes había visto.

—¡Ah, ustedes deben ser las Maldonado! —dijo con una sonrisa—. Yo soy María Romero y voy a ser su compañera de viaje.

María parecía ser muy joven, y era apenas un poco más alta que Amparo; pero lo que le faltaba en centímetros le sobraba en porte y elegancia. Isabel se dio cuenta de que su vestido, su abrigo y sus zapatos de tacón eran finos, como los que usaba la tía Esther; y que su peinado, aunque sencillo y práctico, seguro era de salón.

—¿También vas a la escuela de mi papi? Gilo y yo vamos a entrar a *pimero* —dijo Estela.

—¡Se dice *primero*! —la corrigió su mellizo, dándose importancia.

—¡Eso dije!

—¡*Nocierto*!

—¡*Sícierto*!

—¡Ah, qué con ustedes! —tronó Isabel, y de inmediato sintió cómo se agolpaba la sangre en sus mejillas. Trató de serenarse y agregó, suave—: ¿Qué va a decir la señorita?

—Que son niños, ni te angusties —respondió María—. Y no me digas "la señorita", si somos casi de la edad.

María soltó una carcajada y tomó a Coco de los brazos de su hermana antes de responderle a Estela:

—Sí, yo voy a trabajar con tu papá en el internado.

—¡Mi papá es el director y es el que manda! ¡Ya lo hicieron coronel! —presumió Gilo.

—Sí, don Anastasio es mi jefe —respondió María, divertida—. Yo voy a ser subdirectora allá en la escuela, y me encargó que los cuide durante el viaje. En especial, me pidió que vea que el que se llama Gilo no se meta en problemas. ¿Tú eres Gilo?

El niño asintió, orgulloso de su fama.

—Yo soy Estela —se presentó su gemela—. El que estás cargando es Coco, todavía no habla, pero ya da besos. Y ésas son Amparo y Chabela.

—Pues mucho gusto a todos. Ahorita les presento a mi mamá y a mi hijo Tony, que también van con nosotros.

Isabel estaba sorprendida, no sólo por la desenvoltura y el porte de María, sino por el hecho de que fuera tan lejos a trabajar, y en un puesto de mando. Otra vez se preguntó qué hubiera sido de su madre si hubiera terminado los estudios de maestra. ¿Habría podido llegar a ser directora de una escuela? No tenía ningún problema para imaginarse a Lupe dando órdenes a profesoras, alumnas y prefectas; pero, en general, los hombres no eran tan dóciles y a veces parecía que les gustaba llevar la contra sólo por no aceptar que una mujer tenía razón. Además, Isabel no estaba segura de que Anastasio, con todo y sus discursos acerca de la necesidad de que las mujeres estudiaran y pudieran defenderse, apoyara que fuera su esposa la que anduviera en esos trotes.

Como soldadera sí: por eso se iba toda la familia a Tapachula, para que él no tuviera que comer dios sabe dónde y su señora pudiera hacerse cargo, al mismo tiempo, de todo *el hijerío* y los cuidados del marido. ¿Pero así, como María, de subdirectora?

Por suerte, Estela hizo la pregunta que Isabel no se atrevía a formular:

—¿Y el papá de tu bebé no viene?

María volvió a reír de buena gana y señaló a una mujer no mucho mayor que Lupe que traía de la mano a un chiquillo de la edad de los gemelos.

—¡Mira! ¡Ése es mi Tony! Como verás, ya no es un bebé. ¡Hasta podría ser tu novio!

Todos rieron y Estela se tiñó de mil colores. Pero la cuestión más importante se quedó en el aire.

—Ah, y Tony no tiene papá —terminó María, como si estuviera diciendo "el clima está muy fresco" o "el viaje a Tapachula es de dos noches"; una verdad tan natural que no necesitaba explicación alguna.

Amparo levantó una ceja, como siempre que algo no le cuadraba. Isabel, con una mirada, le indicó que no era el momento. No siempre se llevaban bien, chocaban mucho; pero sabían cuándo hacer frente común y se comunicaban fácilmente con guiños y ademanes discretos.

Dieron las ocho de la noche y de pronto todo fueron gritos, empujones, gente que corría y se besaba. Una pareja se despedía con demasiadas efusiones, estorbando la entrada al vagón. Isabel los miró con disimulo y se le escapó un suspiro, que no pasó inadvertido para su nueva acompañante.

Sin embargo, no hubo tiempo para hablar de eso ni de ninguna otra cosa: apenas hubo ocasión de despedirse de la tía Esther y su marido.

—¡Me tienen que escribir cada semana! —dijo Esther antes de abrazar a cada uno de sus sobrinos y darles, en ese modo suyo que fingía ser discreto, un peso a cada uno. Luego se quedó un momento con Lupe, diciéndose quién

sabe qué cosas al oído, que dejaron a ambas mujeres con lágrimas en los ojos y risas en los labios.

Mientras, los viajeros por fin tomaron asiento. Antes de que el tren comenzara a moverse, los niños ya estaban dormidos. En un rincón, Lupe y Manuela, la madre de María, conversaban sobre las mil dificultades de los preparativos que habían encarado en las últimas semanas:

—Imagínese, dejé a una de mis inquilinas a cargo de la casa. Me da no sé qué porque se quedaron todos mis muebles, ¡y el piano!

—Pero ¿es de confianza su inquilina?

—Ya ni sé. Ya ve lo que dicen, que ante el arca abierta…

—Toque madera, señora —dijo Manuela—. Con un poco de suerte no pasa nada. O se halla *usté* tan bien en Tapachula que ya no quiere regresar. Dice mi hija que don Anastasio le ha escrito maravillas del Soconusco.

—Pero su hija es casi una niña, con todo por delante, con una carrera, con ustedes que la apoyan. Mire que venirse usted con ella y dejar a su marido lejos…

—Que sirva de algo el hombre, aunque sea para cuidar la casa. Y así echo un ojo a que se instalen bien María y el niño, que la gente sepa que hay quien vea por ellos…

Isabel quiso ponerles atención, pero muy pronto perdió el interés. Se asomó a la ventanilla, la oscuridad no le permitió reconocer dónde estaban, así que dejó volar su mente.

De inmediato pensó en Juan. Hacía unas horas que se habían despedido y ya sentía que le dolía respirar su ausencia.

3. Querido Juan

¡Ay, Juan! Ni para escribirte ahora. Entre el movimiento del tren, que estamos a oscuras y que mi mamá se daría cuenta de inmediato, ni cómo. Quisiera que estuvieras aquí y que oyeras lo que estoy pensando. Como un rezo. ¡Ay, si mi papá se enterara de que uso la palabra "rezo" para pensar en ti!

Ojalá pudiera yo decirte ahora mismo lo mucho que te extraño. O mejor: ojalá pudiera estar sentada junto a ti en el último escalón de la azotea, mientras tu mamacita prepara la merienda y la mía se distrae con su tejido y con su radio. Miraríamos el cielo oscurecido y yo te confesaría lo feliz que era cada día cuando al salir de clases te veía ahí parado junto al poste, esperando, nervioso, impaciente, para caminar juntos las doce cuadras a Luis Moya.

Tú sonreías al verme y, aunque mis amigas creían que el saludo era para todas, yo sabía que esa sonrisa era sólo mía. Disimulabas la ansiedad de estar conmigo a solas con chistes o anécdotas de tu escuela y mis amigas festejaban tus ocurrencias. Pero tus ojos sólo me miraban a mí.

Y entonces decías: Chabela, vámonos a la casa, que nos esperan para comer.

Y aunque lo decías siempre que ibas por mí, cada vez seguía siendo un azoro, una sorpresa, un rubor intenso mientras yo les

explicaba. Es que Juan y yo somos vecinos, les decía. Yo vivo en el primer piso y él en el tercero.

Pero tú me interrumpías: No, yo vivo en la azotea, soy pobrecito; Chabela me trata bien por lástima.

Y ponías tu cara de Señor de los Dolores. Ellas de nuevo se reían, y yo sentía un calor en el pecho por aquello de "vamos a la casa", y el calor crecía cuando me quitabas la cartera con los libros para cargarla tú, siempre atento, siempre galante.

Durante esas pocas cuadras, el mundo desaparecía; los quehaceres en casa no existían, las tareas de la escuela se borraban, el eterno cuidar de mis hermanos se pausaba, los dolores de cabeza no venían. Éramos nada más tú y yo, caminando despacio, risa y risa por tus bromas, tus historias, y mis falsos intentos de compostura. No digas eso de "vamos a la casa", ¿qué va a pensar la gente? ¿Y si te oye algún maestro?

Y tú me mirabas mucho, mucho; te reías y me seguías la corriente, porque sabías que me encantaba. Si quieren pensar que vivimos juntos, ¿qué hay de malo? ¿No te gustaría que alguna vez, en el futuro…?

Y yo te interrumpía. ¡Cállate, Juan, de eso no hagas chistes!

Para que tú, jugando al inocente, me miraras a los ojos.

¿Entonces no querrías ser la señora de Ramírez?, me decías, y ponías tu carita de tristeza que se me convertía en suspiro.

Ay, Juan. Prometiste esperarme. Prometiste escribir con frecuencia. ¡Pero tienes tantas admiradoras en el barrio! Y todas las señoras te ven cara de yerno, de buen partido para sus chamacas: que si guapo y educado, que si inteligente, ¡estudiante de ingeniería, nada menos!

¿Cómo fue que de todas las muchachas que conoces me escogiste a mí? ¿En qué momento decidiste ir a buscarme a la salida de la escuela? ¿Cómo fue que un día que no pudiste lle-

gar a tiempo pensaste que era buena idea mandarme una carta con Estela?

Ahora que no estás aquí, te lo puedo confesar: tus primeros recados se los leí a mamá. Pensé que iba a atacarse, pero le parecieron "encantadores", y hasta me ayudó a responderlos. Y es que yo me sentía tan niña, tan tonta… No quería que te arrepintieras, que pensaras que mis catorce años eran muy pocos junto a tus dieciocho, que mis molestias de viejita podrían convertirse en una carga para tu entusiasmo. Yo creo que por eso te insistía cada tarde, cuando te ibas a tu casa y yo me quedaba en la puerta de la mía. Juan, ¿por qué te gusto?

Yo atesoraba tus respuestas. Por tus dulces ojitos de azúcar derretida. Por tus manos de pianista y la forma en que tocas las canciones de Agustín Lara. Por los destellos rojos de tu pelo: es como si tus ideas fueran chispas de un incendio.

Ay, o la vez que me dijiste: por fea, pero quién sabe qué me diste que te veo tan guapa. Y yo me reí porque lo dijiste de una manera que en vez de fea me sentía la más bonita.

¿Sabes, Juan? A veces sueño aquella tarde de noviembre. No hace ni dos meses, pero ¡la siento tan lejana! Oscureció temprano y hacía frío. En la mesa del comedor, tú tratabas de enseñarle las vocales a los cuates, mientras Amparo resolvía sus problemas de aritmética. Yo, en la sala, tocaba el piano. Mandaste a Gilo conmigo: habrías podido levantar un poco la voz desde donde estabas, pero no querías quedar mal con mi mamá y sabías de su disgusto por los gritos. Lo mandaste a pedir que tocara La marcha de las letras, *de Cri-cri, que para ver si así tus pupilos sí aprendían. No la había tocado nunca, pero me esforcé y no salió mal. A lo mejor hasta me entusiasmé un poquito más de la cuenta, porque mi mamá salió de su pieza y me mandó a la calle. Necesito algo de la botica, dijo, que te acompañe Estela.*

Tú entendiste la indirecta y te paraste de inmediato. Bueno, dijiste, yo me voy para mi casa, buenas noches.

Pero en vez de encaminarte a la azotea, bajaste con nosotras los primeros escalones. A que no puedes llegar al zaguán en menos de un minuto, le dijiste a mi hermanita. Ella corrió escalera abajo y tú aprovechaste para acariciarme la mejilla y darme ese beso que atesoro.

Hace un rato, en la estación del tren, vi a unos novios. Se besaban con urgencia, ignorando las miradas. Se juraban verse pronto y al mirarlos otra vez sentí en mis labios el calor de tu caricia. ¡Fue tan raro! Porque me abrazó una tristeza grande grande: la certeza de que no volveremos a estar juntos, que no sé si es presentimiento o sólo miedo. ¡Ay, Juan! ¿Será que cumplas tu promesa y me escribas mientras esté yo tan lejos?

4. Historias tristes

Isabel sólo se dio cuenta de que estaba llorando cuando una lágrima cayó sobre su mano. Como si hubiera estado fuera de su cuerpo y de pronto volviera a ocuparlo, se hizo consciente otra vez de los olores y sonidos del vagón. Su mamá y la de María ya no hablaban, los niños dormían sin hacer ruido y, al fondo, un señor roncaba. No sabía cuánto tiempo había pasado, pero la oscuridad del exterior le pareció aún más densa. También se hizo consciente del entumecimiento por llevar un rato largo en la misma posición, pero no quiso moverse para no despertar a Estela, que seguía en su regazo.

Entonces se dio cuenta de que María, sentada frente a ella, la observaba. Sintió vergüenza, como si la hubieran descubierto en falta, pero se relajó al instante al distinguir la expresión amable de la joven.

—¿Mal de amores? —preguntó María, muy quedo.

—No sé. Un poco. Hay un muchacho…

—Que debe estar loco por ti.

—Pero que se quedó en México. No sé cuándo lo veré de nuevo.

—Ay, no sé qué es peor: que no te quiera el que tú quieres, o que te quiera y esté lejos.

—¿Le ha pasado? —preguntó Isabel. Con su mamá jamás había hablado de esas cosas, era como si Lupe hubiera nacido ya casada.

—Te cuento con una condición: que no me hables de usted. ¡Te digo, podríamos ser hermanas!

—Es un trato —aceptó Isabel con una alegría pequeñita, la primera que experimentaba desde que le habían dado la noticia del viaje.

—Bueno, si pensamos en *todo* lo que he vivido, podría ser más bien tu madre. O tu abuela.

—¿Por qué? —se intrigó Isabel.

—Pasa que yo soy de un lugar muy tranquilo, pero no sé estarme quieta. Mi pobre mamacita, en su afán de cuidarme, ya debe estar harta de hacer y deshacer maletas. Lo bueno es que mi papá tiene la paciencia del santo Job; pero si vemos que lo de Tapachula pinta bien, irá a alcanzarnos.

—Yo no sé si quiero que lo de Tapachula pinte bien —murmuró Isabel, y agregó velozmente—. Es que… me gustaría estudiar más que la secundaria, a lo mejor Medicina. ¿Es una tontería?

—¡Claro que no! A mí me parece una gran idea. En todo caso, ¿qué te han contado del trabajo de tu señor padre en Tapachula?

Isabel hizo una mueca sarcástica que María pudo percibir a pesar de la penumbra.

—Nada. Nunca me dicen nada. Cuando tenía seis años, nos fuimos mi mamá, Amparo y yo a un internado en Puebla. ¿Por qué? Porque sí. Cuando tenía ocho nos regresamos a México. ¿Por qué? ¿Por qué no? Y si pregunto de lo que deciden, nada más me dicen que estoy muy chica para entender. Claro que si no me explican, ¿cómo voy a entender?

Un carraspeo de Lupe interrumpió el exabrupto de la muchacha, pero cuando vieron que había sido entre sueños, retomó el hilo, más sosegada.

—Perdóneme, qué va a pensar.

—Lo único que no te puedo perdonar es que otra vez me hables de usted —respondió María, arrancándole una sonrisa a Isabel—. Debe ser muy complicado para ustedes que tu papacito esté en el ejército. Y con tanto relajo en todo el país, debe ser muy difícil para él dejarlos solos. Aunque parecería que ya está más sosegada la cosa, ¿no? Pero yo me imagino, nomás a ojo de buen cubero, que cuando se fueron a Puebla fue cuando se echaron al Candidato, ¿no? Imagínate qué susto para tu papá, que en cualquier momento lo podían mandar a cualquier lugar donde estuvieran fuertes los catorrazos, dejarlas a ustedes tres, solitas…

Isabel suspiró. Lo que decía la señorita Romero era verdad, pero nunca lo había visto así. Pero era cierto que la carrera militar de su padre parecía más un estorbo que una ayuda.

—Te voy a compartir lo que yo sé de Tapachula. A mí sí me tuvo que contar muchas cosas tu papacito porque voy a trabajar con él. Y mira que yo también estoy muy chica para entender, ¿eh? —remató, juguetona.

—¡Ya vas!

—Con la guerra, mucha gente dejó de ir a la escuela, así que está canija la cantidad de gente que no sabe leer, escribir o contar dos más dos. Por si fuera poco, muchos hijos de soldados quedaron huérfanos. Imagínate, sin papás, sin educación, sin dinero… Por eso crearon las escuelas "Hijos del Ejército", para que se vayan de internos estos niños y hagan cuando menos la primaria mientras

tienen techo y comida. Y como tu papá es maestro, pues pidió que lo mandaran a una de ésas en lugar de ponerlo a dirigir una cárcel o una aduana.

—Pero ¿por qué hasta Tapachula? ¡Es lejísimos!

—Pues sí, pero también es un lugar importante, lleno de alemanes, japoneses, chinos y ve a saber qué más. Necesita mucha presencia militar y más ahora con lo de las expropiaciones y las cosas que están pasando en Europa. Así que la escuela tiene más de una razón de ser y necesita al frente a alguien… bueno, como tu papá.

Isabel se quedó pensando un momento en lo que María le acababa de decir.

—Usted… ¿tú conoces a mi papá desde hace mucho?

—La verdad es que no. Cuando lo asignaron a Tapachula le dijeron que contratara al personal que iba a necesitar: maestros, cocineras, prefectos, ya sabes. Toda la gente que hay en una escuela. Y entre toda esa gente, una subdirectora que pudiera ayudar en lo administrativo, los trámites, esas cosas. Y como yo estaba buscando trabajo y no falta que alguien conoce a alguien que conoce a alguien, un amigo de mi papacito me pasó el chisme y busqué a don Anastasio. Le conté mi triste historia y tu papá, que tiene un corazón de oro, aceptó darme la oportunidad. Hasta me permitió irme ahora, con ustedes, y no desde que él se fue a organizarlo todo.

—¿Cuál es tu triste historia?

Un súbito ronquido de Manuela las hizo brincar a las dos. Tuvieron que hacer un gran esfuerzo para ahogar las risas.

—Si tu mamá me oye hablarte de estas cosas, o si alguien le cuenta, se me arma —dijo María en voz aún más baja—. Pero en cuanto podamos estar solitas, te platico.

Por cierto: mis amigos me dicen *la Chata*. Puedes decirme así si quieres.

Isabel asintió, satisfecha. De pronto, se sentía adulta: nunca nadie le había hablado así.

Las dos se quedaron en silencio un buen rato, arrulladas por el sonido hipnótico del tren sobre las vías. Bostezaron al mismo tiempo y, sin darse cuenta, se quedaron dormidas.